

## Discusiones y notas

# Sosa y los sueños

EFRAÍN LAZOS

*Facultad de Filosofía y Letras*

*Universidad Nacional Autónoma de México*

eflazos@servidor.unam.mx

**Resumen:** Este trabajo plantea dos asuntos a propósito del modelo alternativo que expone Ernesto Sosa en “Los sueños”. El primero es que, dado el modelo de soñar como imaginar/narrar, no está claro por qué surge todavía el escepticismo del sueño: si el sueño a fin de cuentas no compite epistémicamente con la vigilia, entonces el sueño no parece amenazar el crédito que ordinariamente damos a nuestras experiencias en vigilia. El segundo es que, en contraste con el modelo tradicional, el modelo de soñar como narrativa de ficción omite un rasgo importante de nuestro concepto del sueño, a saber, que en sueños tenemos experiencias y, a menudo, creencias.

**Palabras clave:** soñar, imaginar, alucinar, tener experiencias

**Abstract:** This paper discusses two points concerning Sosa’s alternative model of dreaming. First, given the model of dreaming as imagining, it is not clear why dreaming skepticism still arises. If dreaming does not compete epistemically with waking, then it does not seem to threaten the ordinary credit we give to our waking experiences. Secondly, the paper suggests that, in contrast to the traditional model, the model of storytelling lacks an important feature for our concept of dreaming, namely, that we have experiences and, frequently, beliefs.

**Key words:** dreaming, imagining, hallucinating, having experiences

Un hombre soñará con la hora del banquete, pero se despertará en medio de la pena y el lamento. Otro hombre soñará con la pena y el lamento, y se despertará para disfrutar del campo de caza. Cuando los hombres duermen, no perciben lo que sueñan como un sueño. Algunos incluso tendrán un sueño en un sueño, y sólo cuando despierten sabrán que todo era sueño. Así, únicamente cuando sobrevenga el gran despertar sabremos que esta vida es un gran sueño. Sólo los timoratos creen que están despiertos ahora.

CHUANG TZU<sup>1</sup>

1. Es sumamente difícil capturar con claridad el juego de lenguaje del sueño. No en balde los filósofos han explotado sus peculiaridades para montar escenarios que desafían lo que cualquier persona tomaría como elemental. Es curioso que, a partir de la segunda mitad del siglo pasado, con la aparición de *Dreaming* de Norman Malcolm, y después, pero desde ángulos muy distintos, con “Are Dreams Experiences?” de Daniel Dennett, y ahora con

<sup>1</sup> Circa 350 a.C., seguidor de Lao-Tsé. Tomado de Woods 1947, p. 59.

Ernesto Sosa, haya una fuerte tendencia en la filosofía contemporánea a colocar a Descartes, junto con la opinión común, e incluso con la ciencia contemporánea del sueño, como fuentes de una profunda equivocación acerca de la naturaleza de los sueños.<sup>2</sup> En los términos más simples, lo que estas diversas perspectivas tienen en común es la consideración de que el sueño consiste en experiencias que tenemos mientras estamos dormidos; tales experiencias a menudo están acompañadas por creencias que, en la gran mayoría de los casos, resultan falsas. Algo como esto es lo que Sosa denomina la concepción ortodoxa. Una manera de describir lo que hace Sosa en su texto es decir que utiliza un modelo alternativo del sueño para construir una variante del escepticismo del sueño más radical que la derivada del modelo ortodoxo; además, con su propia versión del estatus especial del *cogito*, elabora una respuesta contundente a cualquiera que sostenga que no es posible distinguir el sueño de la vigilia. Quiero sugerir, en primer término, que, con las herramientas que Sosa pone a la mano, tal vez ni siquiera haya necesidad de responder a los retos escépticos. Por otro lado, aunque no seré tan osado como para defender aquí la concepción ortodoxa como tal, pienso que hay en ella *algo* correcto, algo que, si no estoy equivocado, puede perderse en la concepción alternativa de Sosa.

2. Recuérdese al meditador cartesiano. Su estrategia, que puede tomarse como un plan de demolición de viejas creencias y actitudes, es partir de la mejor posición posible para saber algo sobre el mundo o sobre sí mismo, para luego proceder a cuestionar la validez de las afirmaciones que pudieran capturar esa posición; por ejemplo, “Estoy sentado ante la ventana, escribiendo” o “Veo una iglesia en ruinas ahí”. El uso cartesiano del sueño se dirige justamente a desbancar convicciones de este tipo. Brevemente, el argumento podría resumirse del siguiente modo:

M1: En sueños represento objetos y estados de cosas que no son el caso.

M2: Si sueño que  $p$ , entonces no sé que  $p$ ;

M3: Si saber que  $p$  es incompatible con soñar que  $p$ , entonces sólo puedo saber que  $p$  si puedo asegurar que no sueño que  $p$ ;

M4: No hay “indicios seguros” para distinguir el sueño de la vigilia en mi propio caso;

∴ M5: No puedo asegurar que no sueño que  $p$ .

∴ M6: No puedo saber que  $p$ .

<sup>2</sup> Véanse Malcolm 1959, y Dennett 1978. Bernard Williams es una excepción en esto. Véase Williams 1978.

Cada una de estas premisas podría comentarse extensamente. Me interesa concentrarme en la primera, porque es ahí donde, creo, se cifra la diferencia que Sosa quiere enfatizar con su consigna de que “soñar es imaginar, no es alucinar”. He dejado M1 deliberadamente ambigua al utilizar la jerga tradicional de “representación”, que puede incluir tanto alucinar como imaginar. Consideremos cómo se ve la situación si tomamos al sueño como una alucinación. Este modelo es especialmente apto para cuestionar nuestras creencias perceptuales. Si estoy alucinando que hay una iglesia en ruinas ahí, eso significa que no hay tal iglesia, pero ¿significa también que no veo una tal iglesia? No para la concepción ortodoxa. Ésta no cuestiona la experiencia perceptual de ver ahí una iglesia en ruinas, sino la veracidad de ella. Como en una alucinación, en el sueño tenemos experiencias que siempre son ilusorias. Puesto que, según esta concepción, en sueños tenemos creencias que surgen de la experiencia perceptual onírica, y puesto que cualquier experiencia real (e.g. la de ver una iglesia en ruinas) es intrínsecamente indistinguible de una experiencia onírica con el mismo contenido,<sup>3</sup> cualquier creencia basada en la experiencia perceptual está destinada a ser falsa.

Independientemente de los aspectos del sueño que pueda capturar el modelo de la alucinación, el argumento recién delineado tiene un problema básico: supone que el sujeto puede llegar racionalmente a conclusiones, que puede tomar decisiones racionales, pero su experiencia es tal que invariablemente lo lleva a las conclusiones equivocadas, a creencias perceptuales falsas (Williams 1978, p. 311). En otros términos, en el sueño no sucede nada con nuestras capacidades inferenciales corrientes, ni con nuestra capacidad ordinaria para reconocer particulares como pertenecientes a una clase; es sólo la experiencia perceptual la que se ve alterada. Justo por ello es posible la suspensión del juicio, y es por ello que dejar en suspenso el juicio tiene pleno sentido para salir del engaño generalizado (cfr. Sosa 2005, pp. 15 ss.).

Veamos ahora qué pasa si tomamos soñar como imaginar. Si imagino una iglesia en ruinas, eso significa, ciertamente, que me represento algo que no es el caso. Como sabemos, Sosa afirma que el modelo del sueño como imaginación conduce a un argumento escéptico más radical que el tradicional; esto es, la posibilidad de que ahora yo esté soñando pone en peligro ya no sólo la seguridad de mis creencias perceptuales, sino también mi pretendido acceso a mis propios pensamientos y experiencias. Me parece, sin embargo, que, a diferencia de lo que sucede con el modelo del sueño como alucinación, no hay por qué suponer que tengo algún tipo de compromiso con lo que imagino que es el caso. Si esto es cierto, entonces, ¿por qué suponer que el sueño compite epistémicamente con la vigilia? Y si no tenemos que aceptar que el sueño compite con la vigilia,

<sup>3</sup> El ejemplo es de Russell 1948, p. 121.

¿por qué suponer, en primer término, que el sueño genera un argumento escéptico?

3. Quiero hacer notar aquí que la fuerza de los argumentos escépticos del sueño radica en la aceptación de una paradoja a la que Sosa alude al pasar hacia el final de su texto (pp. 14–15). Tal parece que, si queremos salvaguardar lo que sabemos del mundo, estamos obligados a distinguir la vigilia del sueño, a pesar de que no podemos trazar una diferencia discernible entre ambos en términos de contenido. Esta paradoja se hace patente con la aceptación de las premisas M3 y M4 en el argumento antes expuesto. Como sabemos, Sosa genera lo que parece una respuesta directa a la paradoja. La base de esta solución, que Sosa comparte con Williams, es una asimetría fundamental en el comportamiento del concepto de sueño. De cierta forma, esta asimetría está capturada en el dicho budista que sirve de epígrafe a este trabajo: cuando soñamos, no vemos lo que soñamos como un sueño. Cuando el escéptico nos pide “indicios seguros” o criterios para distinguir el sueño de la vigilia, ¿qué nos está pidiendo? La primera posibilidad es que podamos establecer que soñamos cuando de hecho soñamos. Esto, sin embargo, está fuera de nuestro alcance. Una razón que se puede dar es que, dado que la cuestión surge cuando soñamos, tratar de responderla es completamente inútil, pues cualquier consideración que podamos emplear para respaldar nuestras afirmaciones puede estar distorsionada. Como ha notado Williams, en esto el sueño es similar a la anoxia, la carencia de oxígeno en la sangre, y a la ebriedad severa, condiciones en las que un sujeto no puede establecer nada.<sup>4</sup> Nótese que, si lo anterior es cierto, la imposibilidad de distinguir el sueño de la vigilia no tiene que ver, como en el modelo ortodoxo, con la naturaleza ilusoria de la experiencia onírica, sino con una incapacidad para juzgar racionalmente. Si bien esto parece mantener el reto escéptico, no nos compromete con la suposición de que en el sueño nuestras capacidades racionales están intactas.

Pero hay otra vía, independiente de la primera, para responder a la paradoja, a saber, que podamos establecer que no soñamos cuando no soñamos. Ésta es la vía que está abierta y que completa la asimetría a la que me he referido. Recordemos lo que afirma Sosa:

Lo que nos permite distinguir dos estados [de vigilia y onírico] idénticos en contenido es simplemente el hecho de que en el onírico no afirmamos *nada*, ni que verdaderamente percibamos un mundo externo, ni que no lo hagamos, mientras que en la vida consciente sí percibimos a sabiendas nuestro entorno. (p. 15)

<sup>4</sup> Entre las indicaciones distintivas de que una persona padece anoxia está la coloración azulada de las uñas y el exceso de confianza. Y justamente el exceso de confianza induciría al sujeto a no prestar atención a un indicio de anoxia como el color azul de las uñas.

Y también: “De acuerdo con nuestra concepción de los sueños, automática y racionalmente estamos *obligados* a suponer que *no* estamos soñando, siempre que de algún modo nos lo preguntemos” (p. 16). Me parece que, tal y como la plantea, la solución de Sosa a la paradoja podría emplearse para rechazar la paradoja y para evitar así la obligación de responder al argumento escéptico. La situación paradójica a la que Sosa da una respuesta es la representada por la película *The Matrix*: si sé que soy uno entre una multitud de personas atrapadas por un sistema de máquinas inductoras de sueños, ¿qué me podría indicar, de modo no arbitrario, que yo me he salvado, que mis creencias están más allá de este engaño de proporciones cósmicas? Bueno, en el momento en que me pregunto seriamente tal cosa y trato de dar una respuesta racional al reto escéptico hollywoodense, en ese momento puedo asegurar que estoy a salvo. Si la asimetría que mencioné antes es parte de los “datos” en la consideración del concepto de sueño, y si cuando uno investiga cualquier cosa está ya, por el hecho mismo de investigar, comprometido a creer que no está soñando, entonces, ¿qué es lo que nos obliga a responder al escéptico tipo *Matrix*?

4. Abordaré ahora otro punto, más general que el anterior. En la concepción ortodoxa del sueño, tenemos experiencias y, en muchas ocasiones, creencias e intenciones. Haré primero una serie de consideraciones acerca de por qué en dicha concepción el sueño es de naturaleza ilusoria o engañosa; éstas son consideraciones hasta cierto punto colaterales a las que ofrece Sosa. Después abordaré la concepción alternativa de Sosa para preguntar ¿qué hay de malo en la concepción ortodoxa?

Para usar la distinción que apunta Sosa, sabemos que del hecho de que llueva y truene en mi sueño, no se sigue que llueva y truene mientras sueño. Pero supongamos que llueva y truena en mi sueño, y que también llueva y truena mientras sueño.<sup>5</sup> El que llueva y truene en mi sueño podría, tal vez, explicarse por el hecho de que llueva y truena mientras sueño. Pero, suponiendo con la concepción ortodoxa que hay creencias en los sueños, la correspondiente creencia onírica no es acerca de la lluvia y los truenos que ocurren mientras sueño; por ello, no es la lluvia y los truenos que ocurren mientras sueño lo que haría verdadera a esa creencia. Pero, ¿hay algo que la hiciera verdadera? Para la concepción ortodoxa, no hay nada: puesto que tal creencia estaría basada en la experiencia de cosas que no suceden, o que suceden sólo en mi sueño, entonces tal creencia debe ser falsa. De modo que, por su propia naturaleza, las creencias que tenemos en sueños son todas falsas. Nótese que esta conclusión sólo puede extraerse desde la perspectiva de la vigilia, la única perspectiva en la que tenemos acceso a lo que ocurre mientras soñamos. Pero si al soñar tenemos creencias, parece que, para decirlo de algún modo, soñamos con la verdad. Desde la

<sup>5</sup> Ésta es una situación considerada por L. Wittgenstein 1969, § 676, pp. 89–90.

perspectiva del sueño, no estamos forzados a considerar que todas nuestras creencias son falsas. Y con esto el engaño queda consumado.

Si estoy en lo correcto, en la concepción alternativa que ofrece Sosa el engaño en el sueño no es una posibilidad seria. Como la imaginación y la narrativa, el sueño no compite con la verdad. Se trata de otro juego, con otro tablero y otras piezas. Pero ¿debemos por ello abandonar la idea de que en el sueño tenemos experiencias y, en ocasiones, creencias? No me lo parece. Veamos el siguiente pasaje de las *Investigaciones filosóficas* de Wittgenstein:

Alguien al despertar nos cuenta ciertos sucesos (que estuvo en tales y cuales lugares, etc.). Le enseñamos entonces la expresión “Soñé”, la cual precede a la narración. Después, en ocasiones le pregunto “¿Soñaste algo anoche?” y me responde sí o no, a veces con un relato de un sueño, a veces no. Éste es el juego de lenguaje. (Wittgenstein 1988, p. 427)

Hay al menos dos puntos llamativos aquí. El primero es que no hay un empleo del concepto de soñar en el tiempo presente para la primera persona, esto es, el uso primario, regular, de “soñar” es en primera persona del pasado. Es por eso que no tiene sentido suponer seria y literalmente que ahora estoy soñando. Pero también surge de aquí la idea de que la narración es esencial al juego de lenguaje del sueño, y, en este sentido, se trata de un juego que sólo podemos jugar estando despiertos. Sólo puedo saber si la persona que tengo al lado tuvo un sueño, y en qué consistió su sueño, si ella me lo cuenta. El relato es un requisito para la comunicación de los sueños.

El segundo punto que quiero hacer notar es que si bien es esencial al juego de lenguaje del sueño poder narrar lo que uno mismo se representa en sueños, no hay por qué suponer que el sueño se reduce a la narración. Aquello en lo que consiste el sueño no es sólo su narración; por esta razón, es importante para el propio juego de lenguaje que la persona pueda elegir no narrar sus sueños. En esto hay una diferencia importante entre el sueño y el relato de ficción.<sup>6</sup> En contraste con el relato de ficción, lo narrado en el sueño se presenta como algo independiente de la narración misma. Por lo demás, si bien es cierto que a uno se le puede ocurrir un cuento y que puede elegir, por decirlo así, contárselo sólo a sí mismo —no escribirlo, no relatarlo a otros—, incluso el contenido de la narración *in foro interno* depende fundamentalmente de la imaginación de su creador. Pero nosotros no creamos los sueños al narrarlos; por ello es importante para el sueño, como no lo es para la ficción, poder elegir no narrar lo que soñamos. Lo que esto quiere decir, a mi modo de ver, es que hay un componente del sueño que trasciende la narración y que es aquello que se narra cuando la

<sup>6</sup> Agradezco a Carla Merino sus observaciones a este punto.

ocasión lo amerita. La manera más natural de explicar ese componente es describirlo como aquello que la persona experimenta, sus vivencias y actitudes diversas, incluyendo deseos y creencias, ante los sucesos que ocurren en sus sueños.

En este contexto, aceptar que en sueños tenemos experiencias y creencias no tiene por qué comprometer nuestra racionalidad ni crear ansiedades escépticas. Podemos emplear los recursos provistos por Sosa para enfrentar la paradoja de la indiscernibilidad de contenido, y afirmar que no soñamos cuando no estamos soñando, sin tener que negar que, en ocasiones, cuando soñamos tenemos experiencias y creencias acerca de los sucesos soñados. Se trata, por supuesto, de experiencias y creencias *sui generis*, con una lógica propia, y que no se confunden ni compiten con las experiencias y creencias ordinarias. Tendríamos que poder elucidar filosóficamente en qué consisten. Ello requeriría, entre otras cosas, fortalecer nuestro discernimiento y nuestras capacidades de introspección. Sospecho, no obstante, que la naturaleza de los sueños rebasará siempre nuestras posibilidades de comprensión cabal. Después de todo, como recordaba Sosa en el epígrafe de una versión anterior de su texto, “We are such stuff as dreams are made on. . .”

#### BIBLIOGRAFÍA

- Dennett, Daniel, 1978, *Brainstorms*, Harvester, Nueva York.
- Malcolm, Norman, 1959, *Dreaming*, Routledge and Kegan Paul, Londres.
- Russell, Bertrand, 1948, *Human Knowledge, Its Scope and Limits*, Simon and Schuster, Nueva York.
- Sosa, Ernesto, 2005, “Los sueños”, incluido en este mismo volumen, pp. 3–16.
- Williams, Bernard, 1978, *Descartes: The Project of Pure Inquiry*, Penguin, Nueva York. [Versión en castellano: *Descartes: el proyecto de la investigación pura*, trad. Laura Benítez, Instituto de Investigaciones Filosóficas-UNAM, México, 1995.]
- Wittgenstein, Ludwig, 1969, *On Certainty/Über Gewissheit*, trad. D. Paul y G.E.M. Anscombe, Basil Blackwell, Oxford.
- , 1988, *Investigaciones filosóficas/Philosophische Untersuchungen*, trad. A. García Suárez y U. Moulines, Instituto de Investigaciones Filosóficas-UNAM, México.
- Woods, Ralph L. (comp.), 1947, *The World of Dreams*, Nueva York, Random.

*Recibido el 22 de septiembre de 2005; aceptado el 29 de septiembre de 2005.*